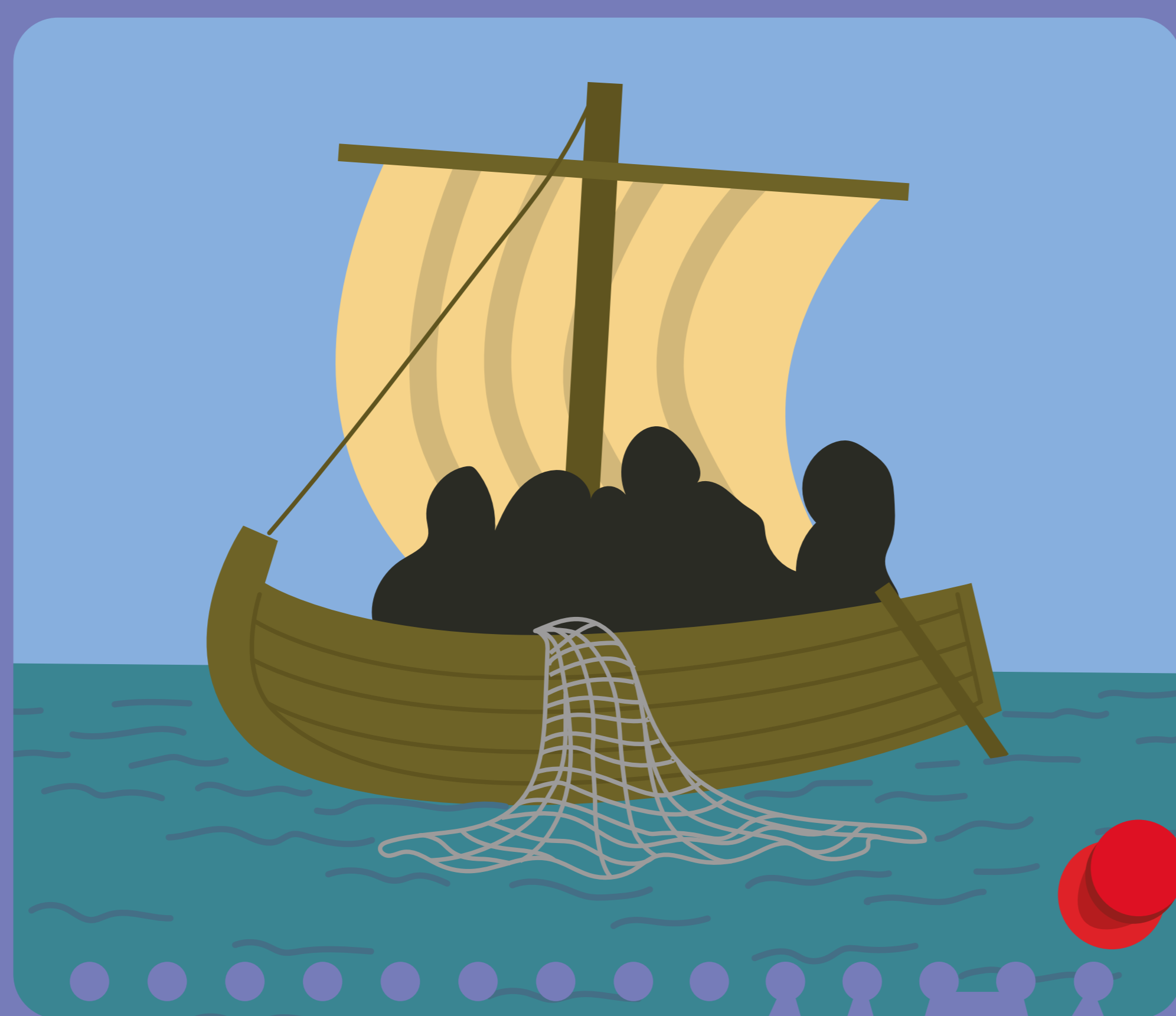




(Jn 21,17)

«**Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero**»



Pedro, Juan y los otros discípulos, tras la muerte de Jesús, vuelven a su trabajo de pescadores en el lago Tiberíades. Allí se manifiesta Jesús Resucitado.

Los discípulos lo reconocen, pero no se atreven a hablarle. Jesús toma la iniciativa y le pregunta a Pedro:



El momento es solemne.

Pedro sabe que le ha traicionado y no se atreve a responder afirmativamente. Sólo puede decir humildemente:



“Tú sabes que te quiero”

Jesús no echa en cara a Pedro la traición, no le señala el error. Llega hasta él en la medida de sus posibilidades. Sólo quiere sanarlo ofreciéndole su amistad.

Jesús también nos hace a cada uno de nosotros la misma pregunta:



Jesús nos invita a tener con Él una relación que puede convertirse en oración y en diálogo íntimo.

La oración:

Z. Rep. Checa



«Es una manera de comunicarme con Dios, en la que intento abrirme completamente a Él. Es algo muy personal entre Él y yo»



G. Belén

«Es lo más importante de mi vida, es algo fundamental.

A través de la oración me acerco más a Dios».



J. Rep Checa



«Es el momento en el que hablo con Él: le digo cómo ha ido el día, lo que me ha hecho feliz»

Chiara Lubich nos inspira en su diálogo con Jesús:

(...) Te amo porque has entrado en mi vida más que el aire de mis pulmones, más que la sangre de mis venas.

Has entrado donde nadie podía entrar, cuando nadie podía ayudarme, cuando nadie podía consolarme. (...) ¹



1- Gratitud, Chiara Lubich, La doctrina espiritual, Ciudad Nueva, 2005, p. 175.